

CLARA DE ASÍS: BÚSQUEDA, CAMINO Y ESPEJO

ANTONIO GÓMEZ COBO

RECIBIDO: 11/10/2023

ACEPTADO: 20/10/2023

RESUMEN:

El artículo presenta a Santa Clara de Asís desde una triple vertiente: antropológica, bíblica y monástica. Las tres están muy relacionadas. El corazón humano se muestra como un corazón sediento de Dios. Sentido y lugar de la búsqueda de Dios. El pueblo hebreo en camino es imagen del corazón humano. UN NIÑO! El Hijo de Dios pobre y humilde en la vida de Clara. JESUCRISTO POBRE Y HUMILDE, “ESPEJO DEL PADRE”, EN LA VIDA DE CLARA: CONTEMPLACIÓN Y SABIDURÍA

PALABRAS CLAVE: Clara de Asís, Camino, Espejo, Antropológica, Bíblica, Monástica

ABSTRACT:

He article presents Saint Clare of Assisi from a triple perspective: anthropological, biblical and monastic. The three are very related. The human heart is shown as a heart thirsty for God. Meaning and place of the search for God. The Hebrew people on the road are an image of the human heart. CHILD! The poor and humble Son of God in Clara's life. POOR AND HUMBLE JESUS, “MIRROR OF THE FATHER”, IN CLARA'S LIFE: CONTEMPLATION AND WISDOM

KEYWORDS: Clare of Assisi, Path, Mirror, Anthropological, Biblical, Monastic

* * *

La vida de Santa Clara de Asís se puede abordar desde diversos puntos de vista. Por razones de claridad la analizaremos desde una triple vertiente (antropológica, bíblica y monástica). Estas tres vertientes, estrechamente relacionadas, no se entienden por separado. La primera de ellas nos lleva a Clara

como ser humano, salido de las manos de Dios y a la búsqueda de su Creador. La segunda se centra en el camino de esa búsqueda a la luz de conocidos ejemplos bíblicos, recordando especialmente al pueblo hebreo y sus problemas en el camino hacia la Tierra Prometida. La tercera es la que desemboca en la vida conventual, en el “hogar” de Clara, donde hizo realidad en su vida cuanto había aprendido mirándose en el Espejo que siempre aconsejó a sus hermanas, es decir, mirándose en Jesucristo pobre y humilde desde el principio hasta el final. El insistente consejo de mirarse en ese “Espejo del Padre” y de llevarlo a la vida —convertirse en lo contemplado— parece un eco claro de la *Carta de Santiago*¹ y no deja de ser un consejo muy actual y necesario para todos. Así lo hizo Clara en su convento de San Damián junto a sus hermanas, a las que trató no sólo como hermana, sino como verdadera madre. Imitaba de ese modo a ese Dios maternal revelado en la Sagrada Escritura y manifestado en Jesucristo, su rostro humano. Clara construyó “sobre Roca”.

1. EL CORAZÓN HUMANO, UN CORAZÓN SEDIENTO DE DIOS

1.1. Imagen y semejanza: «¡Bendito seas Tú, Señor, porque me has creado!»

Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó (Gén 1,26-27).

La triple repetición de la expresión “imagen y semejanza”, referida al hombre en el primer capítulo de la Biblia, es una clara llamada de atención sobre la realidad humana en su relación con Dios, porque el número tres en la Sagrada Escritura alude frecuentemente a una idea de totalidad y plenitud. Es decir, el hombre ha sido dotado de un corazón a la medida de Dios. En sí lleva impresas las huellas de su Creador, huellas que sólo puede rellenar su Autor. El corazón humano es un corazón sediento y en búsqueda constante. Sale de Dios y hacia Él, que es su verdadera Fuente, se dirige. El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo resume así: “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad

¹ Cf. *Porque quien oye la Palabra y no la pone en práctica, ese se parece al hombre que se miraba la cara en un espejo y, apenas se miraba, daba media vuelta y se olvidaba de cómo era (Sant 1,22-24)*. Texto completo: *Sant 1,22-25*. Cf. también *Mt 24-27*.

y la dicha que no cesa de buscar”². Dicho con otras palabras: el hombre está “programado” para adorar a Dios. Su corazón está hecho para buscarlo. Pero la búsqueda de Dios, fuente y origen de la vida humana, puede verse dificultada. Sucede eso cuando el ser humano aparta o expulsa a Dios. Cuando lo hace, inmediatamente se fabrica sustitutos para llenar ese vacío. Símbolo de esto es el famoso “becerro de oro” que el pueblo hebreo se fabricó en el desierto (cf. *Éx* 32)³. ¿Acaso no vemos que la historia se sigue repitiendo en nuestros días?⁴. Por eso, en la ruta hacia esa Fuente, metáfora de Dios, se pueden encontrar, como decía el profeta, “aljibes agrietados” o “charcas infectadas” que borran el camino o que envenenan la vida. Cada uno los conoce mejor. El profeta Jeremías lo decía así: “...*Me abandonaron a mí, ¡ Fuente de agua viva, ¡ y se cavaron aljibes, ¡ aljibes agrietados ¡ que no retienen agua*” (*Jer* 2,13). Es preciso tener cuidado con los espejismos del camino. Así lo hizo Clara sabiendo esquivar todos esos “aljibes agrietados” y fijando totalmente su atención y su búsqueda en la Fuente verdadera. Es verdad que Clara ya tenía noticias de ella, que, de alguna manera, la había encontrado en su ambiente familiar, pero no le bastaba. Y siguió su camino buscando. La *Palabra* de Dios había calado en ella. Pero cuando escuchó a Francisco de Asís entendió lo que tenía que hacer para responder a esa llamada que no cesa de resonar en el corazón humano.

1.2. San Agustín y la búsqueda de Dios

San Agustín de Hipona, en el siglo IV, lo explicaba con una frase muy conocida: “... *quia fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te*”, es decir, “*nos has hecho, [Señor], para ti y nuestro corazón está inquieto hasta encontrarte a ti*”⁵. Como fue el Creador quien dejó sus huellas en el corazón humano, sólo Él puede rellenar esas marcas. Nadie sino

² *Catecismo de la Iglesia Católica* 27. Ed. Asociación de editores del catecismo. Getafe (Madrid) 1992.

³ *El Señor dijo a Moisés: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: “Éste es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”»* (*Éx* 32,7-8).

⁴ La sociedad actual, al expulsar a Dios de la vida diaria, ha terminado “fabricándose” nuevos ídolos (egoísmo, poder, mentiras, guerras, atropellos...) mucho más crueles y terroríficos aún que los de la antigüedad. Los encontramos en todos los estamentos sociales donde se ha ido “filtrando” la corrupción moral y, desde ella, todo tipo de corrupciones personales, familiares, sociales, políticas y religiosas.

⁵ Agustín de Hipona, *Las confesiones* I,1,8. Edición crítica y anotada de Ángel Custodio Vega. BAC. Madrid 1979 (7ª ed.).

Él, única y verdadera Fuente, puede saciar la sed del corazón humano inquieto y afanado en la búsqueda de ese Manantial. Es como si estas palabras, de siglos antes de Clara, se hubieran escrito refiriéndose de alguna manera a ella. Lo tenía todo, vivía cómodamente y, sin embargo, necesitaba y buscaba más hasta que escuchó a Francisco en aquellos conocidos *Sermones Cuaresmales*. Insistentemente se refiere la Biblia a esta realidad humana recurriendo a la repetida imagen del agua y de la fuente: *Como busca la cierva corrientes de agua, ¡ así mi alma te busca a ti, Dios mío; mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¡ ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? (Sal 42,2-3). Y quien tenga sed, que venga. Y quien quiera, que tome el agua de la vida gratuitamente (Apoc 22,17). Pero es necesaria una búsqueda constante y comprometida. También lo indica la misma Palabra de Dios: en ti está la fuente viva (Sal 36,10). Oigo en mi corazón: ¡ «Buscad mi rostro». ¡ Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro (Sal 27,8-9). Entonces buscarás allí al Señor, tu Dios, y lo encontrarás si lo buscas con todo tu corazón y con toda tu alma (Deut 4,29).*

2. SENTIDO Y LUGAR DE LA BÚSQUEDA DE DIOS

2.1. “... No está lejos de ninguno de nosotros”

Cuando, en el siglo I, llegó san Pablo al Areópago de Atenas habló precisamente de la búsqueda de Dios, aunque fuera “a tientas”, a unos atenienses y forasteros que, interesados y preocupados por esto, debatían entre sí (*Hech 17, 28*)⁶. Sabía que el ser humano está hecho para buscar a su Creador, que Él es el único que puede saciar la sed de Infinito que el hombre lleva en sí⁷. Sus palabras eran las siguientes: *De uno solo creó el género humano... con el fin de que lo buscasen a Él, a ver si, al menos a tientas, lo encontraban; aunque no está lejos de ninguno de nosotros... (Hech 17,27-28)*. También los filósofos andaban ocupados y preocupados en esto⁸.

⁶ La frase completa es: *De uno solo creó el género humano para que habitara la tierra entera, determinando fijamente los tiempos y las fronteras de los lugares que habían de habitar, con el fin de que lo buscasen a él, a ver si, al menos a tientas, lo encontraban; aunque no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos... (Hech 17,26-28).*

⁷ El *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 356) afirma que entre todas las criaturas visibles sólo el hombre es “capaz de conocer y amar a su Creador” (*Gaudium et Spes* 12,3); es la “única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma” (*Gaudium et Spes* 24,3); sólo él está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios.

⁸ Tanto la Biblia como los filósofos respondían desde sus respectivos puntos de vista: *Cerca está el Señor de los que lo invocan, ¡ de los que lo invocan sinceramente (Sal 145,18). ¿Soy sólo*

Pero hay que salir para iniciar esta búsqueda. El hombre es un ser en salida. Abrahán fue invitado por Dios a salir de su tierra. Moisés fue obligado por Dios a ponerse en camino para liberar a su pueblo y puso excusas a Dios (cf. Éx 3,10-15;4,10)⁹. El profeta Jeremías fue enviado por Dios con una difícil misión: reconvenir a su pueblo del mal camino elegido. También puso excusas a Dios¹⁰. El pueblo hebreo, símbolo del ser humano, también fue llamado a salir de la esclavitud a la libertad de la Tierra Prometida. También se resistió, a veces, a lo que Dios le proponía. Todos tuvieron problemas en ese camino de búsqueda. Todos tuvieron que dejar atrás lo que impedía el camino. Todos habían recibido la llamada; algo sabían ya de quien los llamaba. Decía el papa Juan Pablo II (*Audiencia 27 diciembre de 1978*) que *“el hombre es el ser que busca a Dios. Y aun después de haberle encontrado, sigue buscándolo. Y si lo busca sinceramente, lo ha encontrado ya como dice Jesús al hombre en un célebre pensamiento de Pascal: ‘Consuélate, no me buscarías si no me hubieras encontrado’”*¹¹. Pero, ¿se puede buscar lo que uno no conoce? ¿Dónde y cómo buscar?

Hay una simpática anécdota que responde a esto. Un niño a la hora de la comida se acerca a su padre y le dice: Papá, esta noche no me esperes. ¿Cómo que no te espere? ¿Por qué? Porque ya llegué, papá. El lugar donde Dios se manifiesta está en la misma intimidad del ser humano. *“Cuando el hombre entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda... decide su propio destino”*¹². San Agustín lo decía así: *“...Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío...”*¹³. Es preciso seguir buscando sin dejarse arrastrar por los numerosos trileros que salen al camino ofreciendo “facilidades” engañosas y falsas “rebajas”. Es preciso seguir sin lanzarse desesperadamente a los “aljibes agrietados” o sin abalanzarse a las “charcas infectadas” del camino. San Agustín, describía esta situación así: *“Tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y por fuera te buscaba, y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas*

Dios en la cercanía / y no lo soy en la lejanía? / —oráculo del Señor— (Jer 23,23). De ello habla también Séneca, Carta a Lucilio 41,1: “Dios está cerca de ti, contigo, junto a ti”.

⁹ Entonces Moisés le dijo al Señor: «¡Ay, Señor! Yo nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes ni ahora que hablas con este siervo tuyo. Y es que soy muy lento para hablar, y mi lengua es muy torpe» (Éx 4,10).

¹⁰ Yo repuse: —¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que solo soy un niño. El Señor me contestó: —No digas que eres un niño, pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene (Jer 1,6-7).

¹¹ Pascal, *Pensées*, 553, *Le mystère de Jésus*. Édition. 1891 á Paris, Léon Brunschvicg, éditeur. P. 121.

¹² *Gaudium et Spes* 14.

¹³ Agustín de Hipona, *Confesiones* III,6,11.

hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, más yo no lo estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que si no estuvieran en ti no serían"¹⁴.

2.2. Los ídolos del camino

El ser humano tiene la tendencia a sentarse al borde del camino o a postrarse ante cosas temporales que convierte en dioses. Alguien ha comentado esta tendencia argumentando que el corazón humano está hecho para "cosas grandes", pero tiende a quedarse en "cosas pequeñas", momentáneas o pasajeras. Se deja deslumbrar por los espejismos del desierto, se para en aljibes agrietados o se detiene en charcas infectadas que no sacian la sed, sino que envenenan la existencia humana. Lo recuerda aquella tentación del pan (cf. *Mt* 4,1-4), símbolo de la satisfacción material, que el diablo presentó a Jesús en el desierto y que Jesús rechazó tajantemente: *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios* (*Mt* 4,4). Las cosas finitas pueden ofrecer al hombre efímeros destellos de satisfacción, pero sólo el Infinito puede responder plenamente a la sed del corazón humano. Ha sido el Creador quien ha despertado en él el deseo de "cosas grandes". Ése fue, por ejemplo, el caso de la samaritana que encontró a Jesús junto al pozo (cf. *Jn* 4,5-42). Esta mujer iba de un lado a otro buscando hasta que encontró a Jesús. Había ido a por agua al pozo y allí se encontró a Jesús que precisamente, después de pedirle agua, le dio a ella el agua viva que verdaderamente necesitaba, la que verdaderamente puede satisfacer las necesidades más profundas del corazón humano. Sólo Dios puede saciar la sed humana y llenar sus huellas impresas en el corazón humano¹⁵.

3. EL PUEBLO HEBREO EN CAMINO, IMAGEN DEL CORAZÓN HUMANO

Muchas veces repite la Biblia que Dios es un Dios celoso, que no admite ídolos junto a sí. Con frecuencia recuerda el mandato de expulsar a los ídolos¹⁶. Es necesario el vacío total del corazón humano para dar entrada al Dios verdadero, al Dios que no cabe en el Universo. Es necesario abandonarlo todo para iniciar el camino, para aprender a escuchar y para saber distinguir

¹⁴ *Ibíd.* XXVI,38. No hace falta buscar fuera, dice el *Deuteronomio* (30,14-18). La palabra (la respuesta a esa búsqueda) está dentro: en el corazón.

¹⁵ Símbolos bíblicos de esta realidad: la roca del desierto (cf. *Éx* 17,3-7; *Núm* 20,1-13) y el agua de Jesús a la samaritana (cf. *Jn* 4,7-24).

¹⁶ Por ejemplo: *Éx* 20,4-5; 23,24;34,14; *Deut* 4,24; 32,21, etc.

su voz en medio de los muchos reclamos y señuelos que surgen en el camino obstaculizando la búsqueda de la verdadera Fuente.

3.1. El camino y sus problemas. Mirar atrás

Como antes se ha visto, los personajes llamados por Dios (Abrahán, Moisés, profetas...) tuvieron que dejar “cómodas” situaciones para ponerse en camino. Algo tuvo que dejar también el pueblo hebreo en la tierra que lo esclavizaba. Liderado por Moisés, se puso en marcha (cf. *Éx* 3,9-10) y tuvo que superar las pruebas del desierto donde el mismo Dios se le manifestó y le habló. Este pueblo, imagen del ser humano, tuvo que desprenderse de las “cargas” que le impedían avanzar, tuvo que abandonar ciertas “seguridades” que lo sujetaban a la tierra de opresión (cf. *Núm* 11,5-6). Avanzaba, pues, con el corazón dividido. Y cuando eso sucedió, Dios le habló en el camino del desierto y le dio los mandamientos como cauce seguro para “no volver a la esclavitud” y para guiar al pueblo a la Tierra Prometida.

En aquellas “*Diez Palabras*” (*Éx* 34,28), decía un rabino judío, no había diez prohibiciones sino sólo una: “no volver a la esclavitud” o “no volver atrás”. La costumbre de “mirar atrás” nunca estuvo bien vista en la tradición bíblica por lo que significaba¹⁷. Ésta fue la tentación del pueblo hebreo en el desierto: volver a Egipto, volver atrás. También fue antes la tentación de la mujer de Lot (cf. *Gén* 19,26-28). Dios les había mandado que se pusieran en camino y que no miraran atrás —*no mires atrás ni te detengas* (*Gén* 19,17)— si se querían salvar de la destrucción, pero la mujer de Lot no obedeció y quedó convertida en una estatua de sal. Simplemente miró atrás. ¿Qué quiere decir? Había salido físicamente de Sodoma, pero su corazón se había quedado allí. No volvió corporalmente, pero su espíritu seguía en Sodoma, permanecía “atado” a aquel lugar. Tanto el pueblo hebreo como la mujer de Lot querían volver a donde estaban antes. Ambos querían apartarse del camino que Dios les había señalado. La severidad del castigo recibido demuestra que el pecado fue enorme ante los ojos de Dios. Lo de la mujer de Lot no fue un simple vistazo, sino mucho más. Su corazón seguía “sujeto” y “pegado” a Sodoma y a sus “comodidades”. Miraba hacia atrás con nostalgia. Algo parecido sucedió al pueblo hebreo en el desierto cuando comenzó a añorar lo anterior: *¿cómo nos acordamos del pescado que comíamos gratis en Egipto, y de los pepinos y melones y puerros y cebollas y ajos! En cambio ahora se nos quita el apetito de no ver más que maná*» (*Núm* 11,5-6).

¹⁷ Cf. *Gén* 19,17.26; *1Re* 19,20-2; *Éx* 16,3.

Jesús también aludió a esta actitud al responder con una imagen agrícola a uno que quería seguirle: “*Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el Reino de Dios*” (Lc 9,62). Quien no mira hacia adelante mientras traza el surco en el campo, no va bien hacia la meta. Tiene el riesgo de que se le tuerza el surco que va abriendo. Los arados palestinos eran conducidos con una sola mano. Con otra mano, el agricultor, controlaba a los bueyes. Cuando se mira hacia atrás con nostalgia, hacia lo que se ha renunciado, estamos trabajando mal¹⁸. Éste fue y es el pecado del pueblo: el corazón dividido¹⁹.

Con el fin de evitar semejantes actitudes, Dios habló a su pueblo en el desierto al darle los mandamientos. Los hebreos tuvieron que acallar muchas “voces” y silenciar muchos “ruidos” para poder escuchar y distinguir su voz. Siglos después Jesús explicaría esta actitud recurriendo a una metáfora del mundo pastoril palestino y sirio: el buen pastor y sus ovejas. Era costumbre, a veces, en aquellas tierras encerrar varios rebaños distintos en un mismo aprisco. Un portero vigilaba por la noche. Cuando a la mañana siguiente llegaban los pastores, cada uno llamaba a su rebaño. Las ovejas de cada rebaño conocían la voz de su respectivo pastor y salían detrás de él, sin confundirse²⁰. El pastor se ponía a la cabeza y las llevaba a pastar (cf. Jn 10,1-5). Aprender a escuchar y conocer esa voz del Pastor²¹ es fundamental para no confundirla con las de los “mercenarios” o, según una metáfora homérica, para no confundirla con los sonoros cantos de las sirenas que “encantan y hechizan” durante la travesía. En el capítulo XII de la *Odisea* de Homero se habla de la nave que conducía a Ulises de vuelta a su tierra. Dos figuras mitológicas, las sirenas Escila y Caribdis, terribles escollos, se interponían en su camino de vuelta. Ulises tenía que superarlos y lo hizo, pero no sin dificultades. Los escritores cristianos utilizaron esta metáfora para explicar que el hombre durante la travesía de la vida tiene que salvar escollos más complicados y difíciles que los de aquellas figuras homéricas. Es necesario sujetarse bien, como hizo Ulises, y arrojar de

¹⁸ Cf. J. Jeremías, *Las parábolas de Jesús*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra) 1971 (2ª ed.). 237-238. También se puede ver M. A. Fuentes, *Comentario al evangelio de san Lucas*. Ed. Apostolado Bíblico. San Rafael 2015. 217.

¹⁹ Cf. F. Bovon, *El Evangelio según san Lucas. II*. Ed. Sígueme. Salamanca 2002. 55-56.

²⁰ Cf. M. Thomson, *The Land and the Book*, revisión de J. Grande, 1910, 179. (Otra nueva edición 1913 revisada por Julián Grande Ed. T. Nelson and Sons).

²¹ Jesús lo dijo luego con otra imagen: y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños (Jn 10,4-5) ... Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen (Jn 10,27).

la nave todo el lastre (bienes materiales, intereses, riquezas...) que impide el avance y que oscurece la visión del verdadero puerto²².

Volvamos al pueblo hebreo en el desierto. Los hebreos tuvieron que aprender a distinguir la voz del Señor apartando cuanto impedía escucharle. El salmo 95 recuerda que para aprender a distinguir la voz de Dios es necesario escuchar y liberarse, dejar atrás los escollos de la vida, porque Dios habla, y no sólo como hizo en el desierto, sino, sobre todo, como hizo cuando llegó *la plenitud de los tiempos* (Gál 4,4) con su Palabra definitiva. Por tanto ¿buscamos a un Dios lejano o un Dios cercano?

3.2. El lenguaje de Dios: lejanía y cercanía

El lenguaje utilizado por Dios en la Historia de la Salvación se ha ido adaptando a las circunstancias del pueblo. Unas veces ha sido un lenguaje sobrecogedor, con sus llamativos símbolos, y otras veces ha sido cercano y sencillo, como cuando decidió hablar a través de un Niño, su propio Hijo. El primero en el Antiguo Testamento; el segundo *en la plenitud de los tiempos*²³.

3.2.1. La lejanía de Dios: solemnidad y distancia. El lenguaje de Dios en el desierto

Dios habló a su pueblo en el camino del desierto. El relato, lleno de sobrecogedores fenómenos naturales, símbolos de la grandeza y del poder divino, —truenos, relámpagos, el monte humeando, sonido de trompetas... (Éx 19,6-19)-, presenta gráficamente la inmensidad y la transcendencia de Dios con un lenguaje sumamente expresivo. Dice la Biblia que cuando Dios se manifestó en el Sinaí lo hizo con tal poderío y majestad que el pueblo se asustó y tembló²⁴.

²² Leandro de Sevilla en su obra *De la instrucción de las vírgenes y desprecio del mundo*, II,3-4 (edición de J. Velázquez. Fundación Universitaria Española 1979. P. 124) utilizó esta metáfora aconsejando a su hermana Florentina en su vida monástica: “*Fuge siranarum cantus, mi soror...*”. Es decir: “Huye de los cantos de las sirenas, hermana mía, no sea que, por escuchar complacida e interesada los goces mundanos, te desvíes del camino recto y tropieces a la diestra con un escollo [Escila], o seas engullida a la siniestra por el abismo de Caribdis. Huye de los cantos de las sirenas...”. Esta metáfora de la nave atravesando por escollos de la vida fue utilizada también por Gregorio de Elvira, *De Salomone*, 27.

²³ Cf. *En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos* (Heb 1,1-2).

²⁴ Cf. Éx 20,19; Deut 5,22-28; 18,16. Interpretados en Heb 12,19.

La tradición judía habla del miedo de los judíos cuando veían a Dios. Ante la presencia divina se cubrían el rostro. Así lo hizo Moisés ante la zarza ardiendo. Se cubrió porque tenía miedo de mirar a Dios (cf. *Éx* 3,6). El mismo Dios le dijo: ... *Mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verlo nadie y quedar con vida* (*Éx* 33,20). El patriarca Jacob había dicho también: *He visto a Dios cara a cara y he quedado vivo* (*Gén* 32,31)²⁵. La presencia de Dios se hacía notar muchas veces a través de símbolos como el de la nube. La nube representaba y, al mismo tiempo, ocultaba la presencia de Dios²⁶. Muchas veces lo vemos en la Biblia. Siglos después los discípulos, que subieron al monte de la transfiguración con Jesús, cayeron rostro a tierra ante aquella Nube hasta que Jesús los animó a levantarse: *Todavía estaba hablando cuando una Nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz desde la Nube decía: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complace. Escuchadlo»* (*Mt* 17,5)²⁷.

Pero volvamos al camino de los hebreos por el Sinaí y a la solemne manifestación de Dios. Cuando Dios habló, el pueblo se mantuvo a distancia (cf. *Éx* 20,21). Ante esta sobrecogedora presencia de Dios el pueblo no sólo se quedó lejos sino que, tembloroso, acudió a Moisés pidiendo: *Habla tú con nosotros y escucharemos, pero que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos* (*Éx* 20,19). Este hecho tan grandioso vuelve a recordarse en otro momento con las siguientes palabras: *Estas son las palabras que proclamó el Señor con voz potente a toda vuestra asamblea, en la montaña, desde el fuego, la nube y la niebla. Y, sin añadir más, las escribió en dos tablas de piedra y me las entregó* (*Deut* 5,22). Dos veces repite que el pueblo “se mantuvo a distancia” (cf. *Éx* 20,18.21). Dios comprendió la actitud del pueblo y accedió a lo que pedía (cf. *Éx* 20,19). Dirigiéndose a Moisés dijo: “*Está bien todo lo que te han dicho* (*Deut* 5,28). Y Dios inventó una nueva forma de hablar²⁸, una forma cercana y llena de ternura para que nadie temiera: ¡un NIÑO!

²⁵ Gedeón, uno de los jueces de Israel, se dio cuenta del riesgo que corría su vida por haber visto al “Ángel del Señor”: *Cuando Gedeón reconoció que se trataba del ángel del Señor, dijo: «¡Ay, Señor mío, Señor, que he visto cara a cara al ángel del Señor!»*. El Señor respondió: «*La paz contigo, no temas, no vas a morir*». Gedeón erigió allí un altar al Señor y lo llamó «el Señor paz» (*Jue* 6,22-24).

²⁶ Cf. *Éx* 33,7-11.18-23; 34, 5-9; 29 29-35; *Ez* 11,22-24.

²⁷ Cf. todo el relato de este hecho: *Mt* 17,1-9 y paralelos.

²⁸ Cf. *Es lo que pediste al Señor, tu Dios, en el Horeb el día de la asamblea: “No quiero volver a escuchar la voz del Señor mi Dios, ni quiero ver más ese gran fuego, para no morir”*. El Señor me respondió: “*Está bien lo que han dicho. Suscitaré un profeta de entre sus hermanos, como tú. Pondré mis palabras en su boca, y les dirá todo lo que yo le mande. Yo mismo pediré cuentas a quien no escuche las palabras que pronuncie en mi nombre* (*Deut* 18,16-19). Cf. la exégesis de *Hebreos* 12,18-29.

No había lenguaje más sencillo y mejor que éste. Dios adaptó su paso al paso de su pueblo para que éste pudiera seguir su camino. Dios no quiso deslumbrar al hombre con su poderosa luz y se adaptó a las circunstancias humanas para iluminar el camino. Si mirar directamente al sol ciega y no lo podemos ver, mirar a Dios directamente, como dice el Antiguo Testamento, tampoco es posible. Pero ahora, en esta nueva etapa de la Historia de la Salvación, el Sol ha dejado la fuerza de su brillo para que el ser humano lo pueda “mirar” directamente sin deslumbrarse²⁹. Volviendo a la imagen del padre caminando con su hijo pequeñito de la mano podemos decir lo mismo. Es el padre quien ha adaptado sus pasos a los pasos de su hijo pequeñito para que éste lo pueda seguir y no al revés. Esto se cumplió plenamente en Belén. Estos dos ejemplos serían una forma de entender y de hablar de la *kénosis* de Jesucristo (cf. *Filp* 2,5-8). Con imágenes y metáforas semejantes habla a menudo la Biblia de la relación de Dios con el ser humano³⁰. Sí, Dios adoptó una nueva forma de hablar para no deslumbrar con su luz ni agotar con su caminar al ser humano: un Niño, su Palabra definitiva. En Belén se cumplía plenamente todo esto.

3.2.2. La cercanía de Dios: sencillez y proximidad. El lenguaje de Dios en la plenitud de los tiempos

Un Niño pobre y humilde. ¡Sólo a Dios se le podía ocurrir!

Como se ha dicho, Dios inventó una nueva forma de hablar prometiendo un profeta como ellos que hablara en su nombre: *El Señor, tu Dios, te suscitará de entre los tuyos, de entre tus hermanos, un profeta como yo. A él lo escucharéis* (*Deut* 18,15). Esta nueva forma de hablar de Dios se hizo realidad plena en la encarnación de su Palabra eterna en Nazaret y en su nacimiento en Belén (cf. *Lc* 1,26-37). Ahora ya sí era posible “ver” la gloria de Dios, ver al propio Dios: *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad* (*Jn* 1,14). La *Primera Carta de Juan* subraya aún más que ahora es posible “ver” a Dios en su Palabra encarnada: *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon*

²⁹ Zacarías habló del “*Sol que nace de lo alto*” (*Lc* 1,77) anunciando la próxima llegada del Mesías.

³⁰ Cf. Se podrían aportar más ejemplos, pero nos quedaremos en un texto de contexto aproximado: *Cuando Israel era joven lo amé ¡.... Pero era yo quien había criado a Efraín, lo tomándolo en mis brazos; lo no reconocieron que yo los cuidaba. Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer* (*Os* 11,1-5).

nuestras manos / acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (Jn 1,1-3).

Cuatro veces insiste el texto en que ahora sí es posible ver a Dios, pero no sólo eso: ese Dios también puede ser oído y palpado. No se puede hablar mejor y con más énfasis de la cercanía de Dios al ser humano. Era *la plenitud de los tiempos...* (Gál 4,4); era el tiempo en que la poderosa *Palabra [de Dios] se hizo carne* (Jn 1,14)³¹. Ahora todos se podían acercar a Él sin miedo. Sí, Dios eligió el camino de la suma humildad para acercarse al hombre. La lejanía y la trascendencia divinas se convirtieron en cercanía total en la pobreza y en la humildad de un pesebre en Belén. Sí, un Niño. La antigua promesa divina se hacía realidad plena en la persona de un Niño necesitado en su debilidad de los cuidados indispensables de los demás. Éste fue el gran “invento” de Dios para estar cerca. Ahora ya todos se podían acercar a Él, pues nada más cercano al ser humano que un Niño humilde, pobre y necesitado. Un Niño “pobre” para los pobres. Dios se hacía entender plenamente sin que nadie temiera. Dios hablaba ahora un lenguaje que todos podían entender. Su lenguaje era ahora cálido, cercano y sencillo. Nadie podía sentirse alejado ni tembloroso ante un Niño pobre y humilde. Y fueron precisamente los pobres los primeros en entender este lenguaje y los primeros en acudir: los pastores, seres marginados en aquel tiempo, y los magos de Oriente, extranjeros que no pertenecían al pueblo judío. Unos y otros se pusieron en camino tras recibir la llamada del Cielo: *hoy os ha nacido un Salvador* (Mt 2,11). Después de encontrarse con el Niño en Belén los primeros *volvieron alabando y dando gloria Dios por lo que habían visto y oído* y los segundos *volvieron a su tierra por otro camino* (cf. Lc 2,20-21 y Mt 2,12). Hay, pues, un antes y un después tras haber encontrado al Dios verdadero.

Sí, un Dios cercano, un Dios-con-nosotros-, *Emmanuel*, como le había llamado el ángel (Mt 1,22;28,20) y *si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?* (Rom 8,31). Sí, nuestro Señor Jesucristo que, *siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza* (2Cor 8,9). Sí, Dios pobre en Belén, pobre en su vida, pobre en el Calvario y pobre también en la Eucaristía, misterio de humildad y de cercanía de Dios³². Así lo percibió y lo

³¹ Cf. *Cuando un silencio apacible lo envolvía todo / y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu Palabra omnipotente se lanzó desde el cielo, desde el trono real, l...* (Sab 18,14-15).

³² Conviene recordar lo que dice Francisco de Asís de la Eucaristía como misterio de humildad y que, pensamos, influyó sin duda en Clara: “*Ved que diariamente se humilla* (Filp 2,8) *como cuando desde el trono real* (Sab 18,15) *vino al útero de la Virgen; diariamente viene a*

vivió Clara. Éste fue su “Espejo”, el Espejo en el que ella se miró cada día, el Espejo que aconsejó vivamente a sus hermanas.

4. ¡UN NIÑO! EL HIJO DE DIOS POBRE Y HUMILDE EN LA VIDA DE CLARA³³

4.1. Clara y la Palabra de Dios

Se deduce de los escritos referidos a Clara que su vivencia de la Sagrada Escritura fue especialmente intensa. Sus palabras demuestran, directa o indirectamente, que la Palabra de Dios había calado en ella profundamente³⁴. Ella era la “tierra buena” de la parábola donde la semilla dio fruto abundante (cf. Mt 13,8.23). En sus escritos no habla de memoria, sino transmitiendo auténticas vivencias evangélicas. Cuando habla, por ejemplo, de Jesucristo como espejo nos recuerda la *Carta a Santiago* donde la Palabra de Dios es como un espejo en el que hay que mirarse³⁵, una guía para construir la vida sobre Roca³⁶. Mirarse en ese Espejo es aprender a conocer la voz de Dios

nosotros Él mismo apareciendo humilde; diariamente desciende del seno del Padre sobre el altar en las manos del sacerdote” Isidoro Rodríguez Herrera, *Los escritos de san Francisco de Asís*. (IAdm 16.17.18). Murcia, 2003. 358.

³³ Utilizaremos las siguientes abreviaturas de las obras de santa Clara (y escritos franciscanos) 1CtaCl; 2CtaCl; 3CtaCl; 4CtaCl = 1,2,3,4,5. Carta de Clara a Inés de Bohemia. Y a Ermentrudis de Brujas (CtaCla5). RCI = Regla de Santa Clara. TestCl = Testamento de Santa Clara. BCCI = Bula de Canonización de santa Clara. LeyCI = Leyenda de Santa Clara. PCCI = Proceso de canonización de Santa Clara. Adm = Admoniciones o avisos espirituales (de san Francisco). Carta a los Clérigos de san Francisco (CtaCle). Carta a la Orden de san Francisco (CtaO). 1C = Vida primera de san Francisco de Asís, de Tomás de Celano. TC = Leyenda de los Tres Compañeros. LP = Leyenda de Perusa.

³⁴ Un testimonio del *Proceso de Canonización* dice: “Clara gozaba mucho escuchando la Palabra de Dios y, aunque no había estudiado letras, le gustaba oír a los predicadores doctos” (PCCI X,8). Semejantes palabras encontramos en la *Leyenda de Clara*: “aunque no se había cultivado en las letras, gozaba, sin embargo, al escuchar la predicación de los letrados, consciente de que dentro de la corteza de las palabras se escondía el meollo que ella penetraba con sutileza y le gustaba bien sabrosamente. Sabía extraer del sermón de cualquier orador lo que aprovechase para el alma...” (LeyCI 37).

³⁵ Así lo había explicado Santiago en su carta: *Poned en práctica la Palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque quien oye la Palabra y no la pone en práctica, ése se parece al hombre que se miraba la cara en un espejo y, apenas se miraba, daba media vuelta y se olvidaba de cómo era* (Sant 1,22-24).

³⁶ Cf. *El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca* (Mt 7,24). Cf. también: *Todo el que viene a mí, escucha*

y saber reconocer los huellas de Aquel que *siendo rico se hizo pobre por nosotros* (2Cor 8,9), del que *pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo...* (Hech 10,38). Mirarse en este Espejo es descubrir plenamente a Jesús *camino, verdad y vida* (Jn 14,6) y Palabra definitiva de Dios. Éste fue el Espejo que Clara tuvo siempre ante sí. Si el primer hombre había elegido el camino de la soberbia para “ser como Dios” (cf. Gén 3,5), el Hijo de Dios, para estar cerca del hombre, eligió el camino de la humildad más profunda haciéndose semejante a nosotros (cf. Heb 2,17) y, despojándose de sí mismo, triunfó plenamente (Filp 2,7; cf. Jn 1,14).

Clara quiso parecerse totalmente a Él y así lo aconsejó a sus hermanas. En sus consejos no cesamos de ver expresiones referidas a la necesidad de contemplación constante de este Espejo, como “pon tu alma”, “contemplación”, “mira”, “observa”, “ved”, etc., indicadores de esta actitud ante Él. A Inés de Praga le aconsejaba que se mirara en Él diariamente y que se convirtiera en lo que contemplaba: *“Pon tu alma en el Espejo de la eternidad, pon tu alma en el esplendor de la gloria... y, transfórmate toda entera, por la contemplación, en imagen de su divinidad”* (3CtaCl 12-13). Más adelante volvía a insistir: *“Mira, pues, diariamente este Espejo... y observa constantemente en él tu rostro, para que puedas así engalanarte toda entera, interior y exteriormente, envuelta y ceñida con variedad de galas* (Sal 44,10), *y adornada, como corresponde a la hija y esposa amadísima del Rey Sumo, con las flores y los vestidos de todas las virtudes. Pues bien, en este Espejo resplandecen la bienaventurada pobreza, la santa humildad y la inefable caridad, como lo podrás contemplar, con la gracia de Dios, en todo el Espejo”* (4CtaCl 15-18). Un Espejo que asumió totalmente la humanidad en todo, menos en el pecado, naciendo pobre en Belén, viviendo pobre cada día de su vida y muriendo pobre en el Calvario. Así lo explicaba Clara: *“Si, pues, tan grande y tal Señor, viniendo al seno de una Virgen, quiso aparecer en el mundo como un hombre despreciado, indigente y pobre, para que los hombres, —que eran pobrísimos e indigentes, al sufrir una falta extrema de alimento celestial-, se hicieran ricos en él (cf. 2Cor 8,9) poseyendo el Reino de los Cielos, saltad de júbilo y gozad (cf. Hab 3,18), llena de inmenso gozo y alegría espiritual...”* (1CtaCl 19.20.21).

mis palabras y las pone en práctica, os voy a decir a quién se parece: se parece a uno que edificó una casa: cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca; vino una crecida, arremetió el río contra aquella casa, y no pudo derribarla, porque estaba sólidamente construida. El que escucha y no pone en práctica se parece a uno que edificó una casa sobre tierra, sin cimiento; arremetió contra ella el río, y enseguida se derrumbó desplomándose, y fue grande la ruina de aquella casa (Lc 6,47-49). Es lo que hizo María de Betania, a los pies de Jesús, escuchando y aprendiendo del Rabí como un discípulo más (cf. Lc 10,38-42).

4.2. Tres etapas de la vida pobre y humilde de Jesucristo

Siguiendo las tres etapas de la vida de Jesucristo, mencionadas por Clara (Jesucristo pobre en su nacimiento, pobre en su vida, pobre en el Calvario), descubrimos que sus palabras están repletas de ecos bíblicos implícitos y explícitos. Pero no olvidemos una etapa más, especialmente importante en la vida de Clara: Jesucristo pobre y humilde en la Eucaristía. Clara las recuerda a sus hermanas insistiendo en la necesidad de mirarse siempre en este Espejo y llevar, como Él, una vida pobre y humilde: *“Mira atentamente –te digo– en el comienzo de este Espejo, a la pobreza de aquél que fue colocado en un pesebre y envuelto en pañales (cf. Lc 2,12). ¡Oh admirable humildad, oh asombrosa pobreza!, el Rey de los ángeles, el Señor del cielo y de la tierra (cf. Mt 11,25), es colocado en un pesebre. Y en el centro del Espejo considera la humildad, y de nuevo la bienaventurada pobreza y los múltiples trabajos y penalidades que él soportó por la redención del género humano. Y al final del mismo Espejo contempla la inefable caridad con la que quiso padecer en el leño de la cruz y morir en él de la más infame de las muertes. Por eso, el mismo Espejo, colgado en el árbol de la cruz, amonestaba a los que pasaban sobre lo que allí habían de considerar, diciendo: ¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor como mi dolor! (Lam 1,12)” (4CtaCl 19-25).*

Sí, el Espejo de Clara fue pobre en su nacimiento (Belén), pobre en su vida y pobre en el patíbulo (Calvario). Y pobre también en la Eucaristía.

4.2.1. Cristo pobre en su nacimiento. La sencillez de un lenguaje

Clara, como Francisco, habló muchas veces con una ternura especial de la pobreza del Niño de Belén: *“Y por amor del santísimo y amadísimo Niño, envuelto en pobrísimos pañales y reclinado en el pesebre y de su Santísima Madre amonesto, ruego y exhorto a mis hermanas que se vistan siempre vestiduras viles” (2RCI 25).* Sí, un Niño pobre y para los pobres. Ellos fueron los primeros en entender este lenguaje de Dios. Habiendo recibido la noticia del nacimiento de Jesucristo fueron ellos los primeros en ponerse en camino. Pobres como los pastores de Belén, marginados en aquella sociedad, recibieron esta llamada del Cielo y respondieron iniciando el camino a Belén. Los magos de Oriente, pobres también por no ser judíos, se pusieron en camino ante esta misma noticia. Unos (los pastores) escucharon la noticia de boca de los ángeles, otros (los magos) vieron su estrella y también se pusieron en camino. Como alguien dijo, unos y otros “buscaron y encontraron” (cf. Lc 2,6-20; Mt 2,1-12).

Siglos después, Clara y Francisco, impulsados por esa misma voz del Cielo, que resuena en el fondo del corazón, también se pusieron en camino, abandonándolo todo para encontrarse con Él. “Se miraron en Él” contemplándolo, primero, en su nacimiento pobre en Belén. El amor de ambos por Belén fue especialmente entrañable y tierno porque su amor a la humanidad de Cristo también lo fue. No es extraño que Francisco quisiera recordar cuanto sucedió en Belén escenificándolo en *Greccio*. Se lo explicaba así a un amigo: “*Deseo celebrar la memoria del Niño que nació en Belén y quiero contemplar de alguna manera con mis ojos lo que sufrió en su indecible invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre el heno entre el buey y el asno*” (IC 84). Añade su biógrafo Tomás de Celano que “*allí la simplicidad recibe honor, la pobreza es ensalzada, se valora la humanidad, y Greccio se convierte en una nueva Belén*” (IC 85). Por estas razones, Francisco hablaba de la Navidad como “*la fiesta de las fiestas*” y la celebraba con indecible amor. Con gran devoción besaba las imágenes del Niño Jesús al que le hablaba con tiernas palabras como se hace a los niños. En sintonía plena con estas vivencias de Francisco encontramos a Clara como demuestran sus insistentes referencias a Belén y al nacimiento del Hijo de Dios pobre y humilde en un pesebre. Los escritos referidos a ella nos dejan ver que celebraba el nacimiento del Hijo de Dios pobre y humilde en Belén con intensidad y devoción especial: *Clara, en la noche de la Navidad del Señor del año pasado, no pudiendo ella levantarse del lecho por su grave enfermedad para ir a la capilla, las hermanas fueron todas a los maitines como de costumbre, dejándola sola. Entonces la madonna, suspirando dijo: ‘¡Oh Señor Dios! Aquí me han dejado sola contigo, en este lugar’. Entonces, de pronto, comenzó a oír los órganos y los responsorios y todo el oficio de los frailes en la iglesia de San Francisco, como si estuviera presente allí*” (PCCI III,30;cf. también PCCI VII,9 y LeyCI 29). En resumen, leer a Clara es leer a Francisco y leer a Francisco es leer el Evangelio.

4.2.2. Cristo pobre en su vida. Un retrato paternal de Dios

La segunda etapa de la contemplación fue mirarse en la vida pobre y humilde de Jesucristo. Un día Jesús proclamó “dichosos”, “bienaventurados” a los “pobres” (Mt 5,1-12). ¿Iba contracorriente? No. Aquel día no predicó la resignación frente al mal, sino el amor de Dios hacia todos sus hijos, en especial a los más necesitados, a los pobres. Quien se siente querido por Dios es dichoso aun en medio de las más duras adversidades. Así como en una familia, los hijos más débiles reciben un cariño especial de sus padres, los hijos de Dios más

necesitados (pobres, enfermos, hambrientos...) son los preferidos y reciben un amor especial de este Padre, el mejor de los padres, que es Dios. Sentirse amados por ese Padre es la dicha más grande que alguien puede tener sobre la tierra. Por eso los declaró a todos “bienaventurados”, “dichosos”. Nadie les puede arrebatar esta felicidad. Es posible que sus discípulos no entendieran nada el día que oyeron a Jesús estas palabras, pero comenzaron a darse cuenta, sin duda, cuando vieron el cariño con que trataba a los enfermos, a los hambrientos, a los necesitados, que se acercaban a Él. Aquel día dejó Jesús en el monte de las bienaventuranzas un tierno retrato paternal de Dios. Nadie mejor que Él podía hacerlo, pues *a Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer (Jn 1,18)*. El mismo Jesús, respondiendo a su discípulo Felipe, dijo: *Quien me ha visto a mí ha visto al Padre (Jn 14,9)*. Sólo Jesucristo, *imagen del Dios invisible (Col 1,15)*, pudo regalarnos el retrato de ese Padre cercano y cariñoso. Sólo Él nos enseñó a llamarlo *Abba* como Él acostumbraba y como, siguiendo su ejemplo, hacían los primeros cristianos algo después (cf. *Mc 14,36*; cf. también *Gál 4,6*; *Rom 8,15*). Clara experimentó este amor y esta cercanía paternal de Dios y la hizo realidad con sus hermanas derramando toda su bondad sobre ellas y cuidando con un cariño muy especial a las enfermas, como hizo Jesucristo, su Espejo. También ella *pasó haciendo el bien (Hech 10,38)*.

Jesús amó a los pobres y vivió pobre entre ellos. Otro día Jesús respondió a un escriba que pretendía seguirlo que el Hijo del hombre no tenía dónde reclinar la cabeza (cf. *Mt 8,19-20*)³⁷. Clara recordaba precisamente este hecho a Inés de Praga aludiendo al único “lecho” donde pudo descansar: *“En efecto, las zorras —dice el mismo Cristo— tienen sus madrigueras, y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza, sino que, inclinándose [en la cruz] entregó sus espíritu” (1CtaCl 18)*.

4.2.3. Cristo pobre y humilde en la cruz

En una tercera etapa vemos en ese espejo a Jesucristo en el Calvario y despojado hasta de sus vestiduras (cf. *Jn 19,23-24*). Allí, en el Calvario, para que no quedara duda le arrancaron hasta las vestiduras, todo lo que le quedaba. La mención de Cristo crucificado es algo muy habitual en Clara. Jesucristo crucificado *“escogió padecer en el leño de la cruz y morir en él*

³⁷ *Se le acercó un escriba y le dijo: «Maestro, te seguiré adonde vayas». Jesús le respondió: «Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8,19-20).*

con la muerte más infamante” (4CtaCl 23). “Míralo hecho despreciable por ti, y síguelo, hecha tú despreciable por él en este mundo. Reina nobilísima, mira atentamente, considera, contempla, con el anhelo de imitarle, a tu Esposo, el más bello de los hijos de los hombres (Sal 44,3), hecho para tu salvación el más vil de los varones, despreciado, golpeado, y azotado de mil formas en todo su cuerpo, y hasta muriendo entre las angustias de la cruz” (2CtaCl 19.20). Clara recomendaba a Ermentrudis de Brujas que meditara “asiduamente en los misterios de su Pasión y en los dolores que sufrió su Santísima Madre al pie de la cruz» (5CtaCl 12). Y a Inés de Praga la invitaba a contemplar el amor que por el género humano derramó en la cruz: “...y al final del mismo Espejo, contempla la inefable caridad, por la que quiso padecer en el árbol de la cruz y morir en el mismo del género de muerte más ignominioso de todos. Por eso, el mismo Espejo, puesto en el árbol de la cruz, advertía a los transeúntes lo que se tenía que considerar aquí, diciendo: ¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor! (Lam 1,12)” (4CtaCl 23.24.25).

Las frecuentes referencias a Jesucristo en la cruz son una muestra, más que suficiente, del amor que Clara y Francisco tuvieron por Jesucristo crucificado. Aquel Cristo de San Damián que había hablado a Francisco desde su cruz, les seguía hablando. En su corazón y en sus vidas llevaban impresa su voz. Grabadas en sus cuerpos iban también las llagas del Crucificado: en el cuerpo de Francisco, desde el día del monte Alverna, y en la prolongada enfermedad de Clara. Ambos habrían podido decir con san Pablo: *En adelante, que nadie me moleste, pues yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús* (Gál 6,17). Por eso, la mirada y el consejo de Clara se centraban plenamente en Jesucristo crucificado, pobre y humilde: *“Míralo hecho despreciable por ti y síguelo, hecha tú despreciable por Él en este mundo... Observa, considera, con anhelo de imitarle, a tu Esposo... hecho por tu salvación el más vil de los varones: despreciado, golpeado y azotado de mil formas en todo su cuerpo, muriendo entre las atroces angustias de la cruz”* (2CtaCl 19).

Al recordar los sufrimientos de Jesucristo en la cruz también hacía memoria de los sufrimientos de su Santísima Madre al pie de la cruz. Es desgarrador humanamente que un hijo parta de esta vida antes que sus padres. Por eso, naturalmente, Clara no olvidó a la Virgen al pie de la cruz e invitó a sus hermanas a que también se fijaran también en Ella: *“Meditad asiduamente en los misterios de su Pasión y en los dolores que sufrió su Santísima Madre al pie de la cruz. Vigilad y orad en todo momento. Perseverad hasta el fin en vuestra vocación, sirviendo al Señor en santa pobreza y humildad”* (5CtaCl 12.13.14).

Con especial devoción e intensidad recordaba y vivía la Pasión del Señor identificándose en contemplación plenamente con ella (cf. *LeyCl* 13.30.31.45). Por eso, como el Señor había nacido pobre, había vivido pobre, había muerto pobre en la cruz, pobres tenían que vivir sus hermanas, imitándolo plenamente “*cual peregrinas y forasteras en este siglo, que sirven al Señor en pobreza y humildad, vayan por limosna confiadamente. Y no tienen por qué avergonzarse, pues el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo*” (*RCl* VIII,1.2.3). Por Él todo merecía la pena.

4.2.4. Cristo pobre y humilde en la Eucaristía³⁸

La fe de Clara en Jesucristo pobre y humilde en la Eucaristía es recordada por los diversos testimonios. De su profunda fe en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía brotan los grandes milagros que el *Proceso de Canonización* recuerda. Aunque las referencias de Clara al misterio del Cuerpo y de la Sangre del Señor no sean muchas, los detalles y ejemplos que han quedado son más que suficientes. En esto nos ayudará, sin embargo, una vez más Francisco, cuya vida y enseñanzas siempre tuvo ella presentes. Las frecuentes veces que Francisco habla del Cuerpo y de la Sangre del Señor nos ayudan a entender las costumbres y la actitud de Clara ante este sacramento.

La Eucaristía fue para ambos lugar de encuentro con Dios. En la Eucaristía, decía Francisco el Señor ha querido quedarse con nosotros (cf. *IAdm* 19.20.21). Los testimonios recogidos en el *Proceso de Canonización de Santa Clara* ofrecen bastantes detalles de fe en la presencia de Dios entre nosotros: Clara comulgaba frecuentemente y con lágrimas (*PCCl* 2,11;3.7). En una ocasión en que creían que estaba próxima a morir el sacerdote le administró la comunión del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo “y luego que la santa madre lo hubo recibido con mucha devoción, como acostumbraba siempre, dijo estas palabras: ‘Tan gran beneficio me ha hecho Dios hoy, que el cielo y la tierra no se le pueden comparar’” (*PCCl* IX,10). Se sintió plenamente feliz al recibir la comunión por última vez, antes de morir: “Cuando todos se retiran, como aquel día había recibido también de manos del ministro provincial la Sagrada Hostia, levantados los ojos al cielo y juntas las manos hacia Dios, dice con lágrimas a sus hermanas: “Hijitas mías, alabad al Señor, ya que Cristo se ha dignado concederme hoy tales beneficios, que cielo y tierra no se bastarían para pagarlos. Hoy —prosiguió— he recibido al Altísimo...” (*LeyCl* 42). Su

³⁸ Cf. René-Charles Dhont, O.F.M., “Santa Clara de Asís y la Eucaristía”, en *Clara de Asís. Su proyecto de vida evangélica*. Ed. Asís. Valencia, 1979. Pp. 53-57 y 199-215.

oración ante el Santísimo durante la invasión del monasterio es prueba de una fe total y profunda en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía: “¿Te place, mi Señor, entregar inermes en manos de paganos a tus siervas, a las que he criado en tu amor? Guarda, Señor, te lo ruego, a estas tus siervas a las que no puedo defender en este trance”. Una voz salida de la Eucaristía tranquilizó a Clara diciendo: “¡Yo os protegeré siempre!” (PCCI 9,2;LeyCl 22). Pide al Señor Sacramentado y el Señor le responde. Los otros hechos milagrosos narrados en el *Proceso de Canonización* son también ejemplos elocuentes de esto.

Asimismo de la fe de Clara en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía se derivan algunos detalles compartidos con Francisco como los referidos por éste en su *Carta a los Clérigos* (CtaCle 4), insistiendo en el cuidado exquisito de los objetos sagrados (cálices, corporales, manteles...) “donde se sacrifica el Cuerpo y la Sangre del mismo” (Cristo). Debían estar siempre en un lugar digno y no en cualquier sitio (cf. CatCle 5;LeyCl 21). Refiriéndose al Santísimo decía literalmente en la misma carta: “Dondequiera estuviere indebidamente colocado y abandonado el Santísimo Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que se retire de aquel lugar y que se ponga en un lugar precioso y se cierre” (CtaCle 11). En su *Carta a la Orden* repetía: “...Os ruego... que manifestéis toda reverencia y todo honor, todo cuanto pudiereis al Santísimo Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo” (CtaO 13;cf. también CtaCle 14). Francisco tenía la costumbre de regalar utensilios necesarios para la elaboración de formas a las iglesias pobres (LP 80;2Cel 201). Estos detalles de Francisco con la Eucaristía nos ayudan a entender también las costumbres y el amor al Santísimo Sacramento de Clara: hilaba telas finísimas, hacía juegos de corporales con sus propias manos (cf. PCCI 6,14;LeyCl 28) y ella, como Francisco, pedía que el Santísimo Sacramento fuera colocado en todos los conventos en copones de marfil o de plata en tabernáculos bien cerrados.

4.2.5. La Eucaristía, presencia, pobreza y de humildad

Francisco relacionaba la Eucaristía con la encarnación comprendiéndola como sacramento de presencia humilde de Jesucristo junto a nosotros: “Ved que (Cristo) diariamente se humilla (cf. Filp 2,8), como cuando desde el trono real (Sab 18,15) vino al útero de la Virgen; diariamente viene a nosotros Él mismo apareciendo humilde; diariamente desciende del seno del Padre sobre el altar en las manos del sacerdote” (IAdm 16.17.18)³⁹. Una presencia tan real como cuando Jesucristo estaba, entre sus apóstoles, en aquel siglo I en esta

³⁹ Cf. I. Rodríguez Herrera, o.c. 355-366.

tierra: “*Y como se mostró (Cristo) a los santos apóstoles en carne verdadera, así también ahora se nos muestra en el pan sagrado... y de este modo siempre está el Señor con sus fieles, como Él mismo dice: Ved que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mt 28,20) (IAdm 19.22)*. Nadie más pobre y humilde que Jesucristo en la Eucaristía. Humilde, obediente y despojado de todo para estar a disposición de todos y cercano a todos. El Hijo de Dios se humilla diariamente: bajó del cielo a la tierra en su encarnación; viene diariamente a nosotros; cada día baja desde el seno del Padre a las manos del sacerdote (cf. *IAdm 16.17.18.19*). Clara participaba naturalmente de la misma fe que Francisco y de la misma devoción que Él profesó a la presencia real de Jesucristo en este sacramento.

Las diversas tradiciones referidas a Clara han dejado ejemplos de su profunda fe en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, misterio supremo de cercanía y amor de Dios, a lo largo de los siglos. El ángel, había recordado a san José la profecía de Isaías: que el Mesías se llamaría *Enmanuel*, es decir, “Dios-con-nosotros” (Mt 1,23) y el mismo Jesús lo ratificó después ante sus discípulos: “*Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos*” (Mt 28,20). Esto se cumplía en la Eucaristía plenamente. De esa fe en la presencia real de Dios en el Santísimo Sacramento nacieron los grandes milagros que recuerdan los diversos testimonios del *Proceso* y otros documentos.

5. JESUCRISTO POBRE Y HUMILDE, “ESPEJO DEL PADRE”, EN LA VIDA DE CLARA: CONTEMPLACIÓN Y SABIDURÍA

Quienes habían seguido a Jesús de Nazaret no acababan de comprender del todo. No entendían qué clase de mesías era ni qué clase de reino predicaba. Con frecuencia discutían por los principales puestos o sobre la importancia de cada uno de ellos en el reino que equivocadamente esperaban, pero este reino no era el Reino predicado por Jesús. En más de una ocasión les llamó Jesús la atención. Un día, camino de Jerusalén, donde tendrían lugar los misteriosos y trágicos acontecimientos de su Pasión y muerte, les preguntó: *¿quién dice la gente que soy yo?* (Mc 8,27) y ellos respondieron como pudieron. El que más se acercó a la respuesta correcta fue Simón Pedro: “*tú eres el Mesías*” (Mc 8,32). Jesús le reconoció su acierto alabándolo (cf. Mt 16,17-19), pero les prohibió inmediatamente que divulgasen esta noticia — *... les conminó a que no hablaran a nadie acerca de esto* (Mc 8,30)— por el peligro y la confusión que podía generar.

Los discípulos no pensaban en el Mesías-Siervo que los profetas habían anunciado, sino en un líder o caudillo político que nada tenía que ver con los planes de Dios. Cuando Jesús les explicó en qué consistía exactamente su misión se alarmaron porque aquello no coincidía con sus expectativas, sino todo lo contrario⁴⁰. Simón Pedro, desconcertado, intentó disuadir a Jesús y Jesús rechazó tajantemente su intento: *Pero él se volvió y, mirando a los discípulos, increpó a Pedro: ¡Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!*" (Mc 8,33). El mesías que esperaban era muy distinto al Mesías sufriente de los profetas. Como Jesús sabía lo que esto suponía para ellos, subió a un "monte alto" y allí se transfiguró ante ellos para hacerles entender el significado completo de los misteriosos planes de Dios⁴¹. Es decir, lo que le iba a suceder en Jerusalén estaba previsto y anunciado en la Ley, representada por Moisés, y en los Profetas, representados por Elías. La voz salida de la "Nube", símbolo de la presencia de Dios, lo ratificaba: *Éste es mi Hijo querido, el predilecto; escuchadle*". Tenían que escuchar y comprender las palabras de Jesús: *El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días* (Mc 8,31;cf. también Mt 16,21;Lc 9,22). Según los planes divinos el Mesías tenía que padecer y morir por los demás. Así estaba decidido, aunque humanamente fuera incomprensible. Los discípulos comprendieron después de la resurrección de Jesús. No muchos años después lo explicaba san Pablo hablando del amor incondicional de Dios: *...Cuando nosotros estábamos aún sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; ciertamente, apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvados del castigo!* (Rom 5,6-9). Para demostrar este profundo amor, el Hijo de Dios eligió el camino de la humildad total rebajándose, pasando por esclavo y obedeciendo hasta la muerte, una muerte de cruz: *Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, ¡no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo ¡tomando la condición de esclavo, ¡hecho semejante a los hombres. ¡Y así, reconocido como hombre*

⁴⁰ Cf. *Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días».* Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo (Mc 8,31-32).

⁴¹ Cf. Mt 17,1-12;Mc 9,2-13;Lc 9,28-36. La transfiguración fue un hecho de tal importancia, que no sólo lo recogen los tres evangelios sinópticos, sino también la 2Pe 1,16-19. Este hecho quedó profundamente grabado en ellos.

por su presencia, se humilló a sí mismo, / hecho obediente hasta la muerte, / y una muerte de cruz (Filp 2,5-8). Eran los planes misteriosos que la sabiduría divina tenía previstos para el Mesías: el sufrimiento y la cruz y, a través de ella, la salvación del género humano. ¡Extraña sabiduría y extraño modo de salvar!

5.1. La sabiduría de la cruz

Esta sabiduría del Reino no es entendida por los poderosos ni por los sabios, sino por la gente sencilla y por quienes son como niños (cf. *Mt* 19,14;18,3;*Mc* 10,15). Tal vez el mejor comentario sobre esto se halle en una catequesis de la Basílica de las Naciones de Getsemaní en Jerusalén. En el tímpano de su pórtico, de cara al torrente Cedrón, hay un mosaico donde Giulio Bargallini representó a Cristo de rodillas, como mediador entre Dios y los hombres, ofreciendo al Padre sus sufrimientos y los de toda la humanidad representada por dos grupos de personas que le escoltan. Al ofrecer su corazón, que un ángel recibe, hace suyas las oraciones de la humanidad como explica el versículo de *Hebreos* escrito en el mosaico: *Él, en los días de su vida mortal, ofreció oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte. Y Dios lo escuchó después de aquella angustia (Heb 5,7).* A la derecha de Cristo están los sabios y los poderosos incapaces, a pesar de su sabiduría y de su poder, de comprender el misterio aquí sucedido. Una palabra resume la actitud de todos ellos: *Ignoratio*. A su izquierda están los pobres y los desdichados, esperando, a pesar de su dolor y de su sufrimiento, como la madre que presenta a su hijo⁴².

De esta sabiduría habló Jesucristo cuando dijo: *Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla*” (*Mt* 11,25;par. *Lc* 10,21). Esta sabiduría no exige “signos” llamativos, como le pedían los fariseos y saduceos, ni elucubraciones filosóficas, como buscaban los griegos, sino luz del cielo para descubrir el amor de Dios en Jesucristo crucificado: *Pues los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados-judíos o griegos-, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios (1Cor 1,22-24).* A esta clase de sabiduría le sobran los signos espectaculares, como los que el diablo, en el alero del templo de Jerusalén, propuso a Jesús para convencer a los demás (cf. *Mt* 4,1-11) u otras exhibiciones de poderío rechazadas rotundamente por Jesús (cf. *Mt* 16,1-4). A pesar de que a los judíos

⁴² Cf. F. Díez, *Guía de Tierra Santa. Historia. Arqueología*. Biblia. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra) 1993. 93.

les pareciera escándalo (cf. *Gál* 3,13;*Deut* 21,22-23) y a los griegos, ciegos en sus razonamientos filosóficos, les pareciera locura. La verdadera sabiduría está en la cruz (cf. *1Cor* 1,17-25;2,6-8;3,18-22): en ella se *ha manifestado, desbordante, el amor de Dios*. Se cumplían las palabras del profeta Isaías —*perecerá la sabiduría de sus sabios, / y desaparecerá la discreción de sus hombres prudentes* (*Is* 29,14)— anunciando la incapacidad de sabios y poderosos para comprender la sabiduría de la cruz y el amor de Dios. Todos aquellos buscaban por otros caminos, pero no por los trazados por Dios.

5.1.1. El que sea sabio, que recoja estos hechos / y comprenda la misericordia del Señor (Sal 106,43)

Sabio es, por tanto, quien se da cuenta de las acciones salvíficas de Dios en la Historia de la Salvación y sabe agradecerlas. Así lo había hecho el salmista cuando, después del exilio de Babilonia, daba gracias a Dios por la liberación y por el amor a su pueblo (cf. *Sal* 106,43). Sabio es quien se da cuenta del amor de Dios. Sabios fueron Francisco y Clara al ver que el propio Dios se había humillado hasta la cruz por ellos, por todos. Clara había encontrado la respuesta que buscaba mirando la vida y la humillación de Jesucristo en la cruz. En ella había descubierto todo el amor y toda la misericordia de Dios. Pero esto sólo lo descubren y acogen, agradecidos, los “sencillos” y los que son como niños. Y Clara, en su grandeza, pertenecía a éstos. San Pablo afirmaba que el Hijo de Dios *fue crucificado por vosotros* (*1Cor* 1,13), expresión que sólo aparece una vez, pero que fue sustituida por la locución *se humilló a sí mismo, / hecho obediente hasta la muerte, / y una muerte de cruz* (*Filp* 2,8), para subrayar, con la clase de muerte que tuvo, aún más la humillación de Jesucristo. Es decir, se vació de sí mismo, tomó la forma de esclavo, pasó por la muerte y, más aún, por una muerte de cruz, suplicio de esclavos principalmente⁴³. Esto es lo que había que saber. Por eso dice Pablo: *predicamos a Cristo crucificado* (cf. *1Cor* 1,22-25).

Francisco y Clara llevaron este misterio en sus corazones viviendo en agradecimiento total a quien murió en la cruz por amor. Él fue precisamente el Espejo en el que ambos se miraron, el Espejo que Clara recomendó encarecida e insistentemente a sus hermanas e hijas. De tal modo se identificaron con Él que quedaron “marcados” llevando siempre en su cuerpo, como decía san Pablo, las “marcas de Jesús” (*Gál* 6,17). De alguna manera el Cristo de San Damián

⁴³ Cf. J. Sánchez Bosch, “Cruz”, en *Diccionario de san Pablo*. Ed. Monte Carmelo. Burgos 1999 352.

les seguía hablando. Como se ha dicho, a Clara se le había quedado pequeño el cristiano y “cómodo” ambiente familiar. A su corazón, como dice la Escritura, todavía le faltaba algo más. Lo había dicho la Sabiduría divina: *los que me comen todavía tendrán hambre, ¡y los que me beben todavía tendrán sed* (Eclo 24,21). Ya había encontrado, pero su corazón seguía buscando, necesitaba aún más.

5.1.2. La contemplación del “Espejo del Padre”

Cuando se encontró ante el “Espejo del Padre”, pobre en su nacimiento, pobre en su vida, pobre en el Calvario, Clara descubrió plenamente todo el amor de Dios. Darse cuenta de ello era descubrir la verdadera sabiduría. Esa sabiduría es la que ayuda a encontrar la Fuente de vida y a menospreciar los espejismos de la ruta y las charcas infectadas. Sabiduría de Clara fue “mirar” a quien por ella fue “levantado en alto” por la vida de todos. Jesús mismo se lo había explicado a su amigo Nicodemo: *Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él* (Jn 3,14-17)⁴⁴.

Sabiduría es levantar la mirada. Sabiduría es ponerse ante el que fue “levantado en alto” y mirarse en Él como en un espejo: “... Y al final del mismo espejo contempla la inefable caridad con la que quiso padecer en el leño de la cruz y morir en él de la más infame de las muertes. Por eso, el mismo Espejo, colgado en el árbol de la cruz, amonestaba a los que pasaban sobre lo que allí habían de considerar, diciendo: ¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor como mi dolor! (Lam 1,12)” (4CtaCl 23-25). Contemplarlo en la cruz es transformarse en Él despreciando todos esos “aljibes agrietados” que fabricamos y las charcas que encontramos en el camino: “Fija tu mente en el Espejo de la eternidad... y transfórmate toda entera, por la contemplación, en imagen de su divinidad... Deja de lado absolutamente todo lo que en este mundo engañoso e inestable tiene atrapados a sus ciegos amadores y ama totalmente a quien totalmente se entregó por tu amor...” (3CtaCl 12). “Mira diariamente este Espejo y observa constantemente,

⁴⁴ Cf. Moisés rezó al Señor por el pueblo y el Señor le respondió: «Haz una serpiente abrasadora y colócala en un estandarte: los mordidos de serpientes quedarán sanos al mirarla». Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandarte. Cuando una serpiente mordía a alguien, éste miraba a la serpiente de bronce y salvaba la vida (Núm 21,7-9).

en él tu rostro...” (4CtaCl 15). “En este Espejo resplandecen la bienaventurada pobreza, la santa humildad y la inefable caridad, como lo podrás contemplar en todo el espejo” (4CtaCl 18).

La *Leyenda de Clara* habla del llanto y de las lágrimas agradecidas de Clara ante la Pasión del Señor. Al recordar la Pasión del Señor prestaba atención especial a las horas de su máxima aflicción en la cruz. A sus novicias las enseñó también a llorar a Cristo crucificado con sus ejemplos de las *Cinco llagas del Señor* y a orar con la fervorosa recitación del *Oficio de la Cruz* que había compuesto Francisco (cf. *LeyCl* 30). Refiere la misma leyenda que un año, el día de la Santísima Cena del Señor, Clara, triste y acongojada, se retiró en oración a su celda, porque se acercaba la agonía del Señor. Toda aquella noche y el día siguiente estuvo como ausente, como “concrucificada” con Cristo e identificada totalmente con el prendimiento y los sufrimientos del Señor (*LeyCl*. 31). Jesucristo, “Espejo del Padre”, pobre en su nacimiento, pobre en su vida y pobre en la cruz era el objeto total de toda su atención.

5.1.3. Contemplación del “Espejo del Padre”, un consejo muy actual

Mirarse en ese Espejo es, por tanto, darse cuenta del amor gratuito y desinteresado de Dios y transformar la vida *a su imagen y semejanza*⁴⁵. Jesucristo, la prueba más grande del amor de Dios a los humanos, lo había dicho: *Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos* (*Jn* 15,13; cf. también *Rom* 5,8-11). Merece la pena detenerse y sacar tiempo, como hizo Clara, para contemplar con agradecimiento este Espejo desde el principio (Belén) hasta el final (Calvario). Es preciso bajar la mirada ante el profundo misterio del aquel pesebre de Belén en que la Virgen, habiéndolo envuelto en pañales, *lo recostó* (*Lc* 2,7) o levantar la mirada agradecida ante el Crucificado, como aquel grupo de mujeres que, habiéndolo seguido hasta el final, *miraban desde lejos* al Calvario (cf. *Mt* 15,40). Cuando hay tiempo para Él la vida se transforma radicalmente. Pero cuando no hay tiempo para Él todo deja de tener sentido. Por eso Clara no lo contempló sólo en el Calvario y en su vida, sino que también lo “miró” con tierno y especial cariño en el pesebre.

En la Navidad del año 1252 Clara tuvo una profunda experiencia. Estando en cama seriamente enferma no pudo asistir a los maitines que, con motivo del nacimiento del Señor, se celebraban en la basílica de San Francisco. Clara, suspirando, oraba en su lecho. Así lo cuentan diversos documentos: *Entonces la madonna, suspirando dijo: ‘¡Oh Señor Dios! Aquí me han dejado sola contigo,*

⁴⁵ Cf *Gén* 1, 26; también *Rom* 6,3-9.

en este lugar'. Entonces, de pronto, comenzó a oír los órganos y los responsorios y todo el oficio de los frailes en la iglesia de San Francisco, como si estuviera presente allí" (PCCl III,30;cf. también *LeyCl* 29). ¡Pura contemplación! Cuando, a raíz de experiencias como ésta, el papa Pío XII, el día 17 de febrero de 1958, la declaró patrona de la televisión y de las telecomunicaciones, apuntaba, consciente o inconscientemente, mucho más lejos. Aquella declaración era más que un mero reconocimiento de Clara. Era también algo muy actual: una llamada. Cristo debería ser Espejo para todos: personas, familias y sociedades. Tendría que ocupar un tiempo especial y un lugar central en la vida y en el hogar de cada uno, donde esos medios de comunicación y "pantallas" se han impuesto secuestrando tiempos, principios y valores de personas y de familias. Nacieron como "medios", pero se han convertido en "fines". Nacieron para servir y se han convertido en "señores" absorbiendo, muchas veces, con sus prolongadas y obstinadas "catequesis", las mejores costumbres sociales. Se han convertido en "dioses" encargados de ir conformando "a imagen de ellos" a personas, familias y sociedades, arrebatándoles, en definitiva, la verdadera libertad y llevándolas a un absoluto desconcierto. El secuestro de los verdaderos valores ha desembocado en corrupción moral, en confusión total y en desorientación generalizada de personas, familias, sociedades e instituciones. Ésta es nuestra "torre de Babel".

¿Qué hacer ante esta situación? El consejo de Clara sigue siendo muy actual. Necesario es "mirar" siempre a ese "Espejo" —*camino, verdad y vida*" (Jn 14,6)— que nunca falla ni engaña. Es necesaria una verdadera contemplación. La insistente propuesta de Clara a sus hermanas sigue en pie para todos. Es necesario volver la mirada hacia el auténtico "Espejo del Padre", reservándole el mejor lugar de nuestra vida y de nuestro tiempo. Contemplar al que nació, vivió y murió pobre en la cruz es verdadera sabiduría, sabiduría que san Pablo descubrió en el siglo I y Clara en el siglo XIII. Contemplando así a este Espejo nos convertiremos también en espejos para los demás. Así lo decía Clara a sus hermanas: "*Pues el mismo Señor nos puso a nosotras como modelo para ejemplo y espejo no sólo ante los demás, sino también ante nuestras hermanas, las que fueron llamadas por el Señor a nuestra vocación, con el fin de que ellas sean espejo y ejemplo para los que viven en el mundo. Porque el Señor nos ha llamado a cosas tan grandes que en nosotros se pueden mirar aquellas que son ejemplo y espejo para los demás...*" (*TestCl* 19.20). Si Jesucristo fue en su vida así, las hermanas también lo tenían que ser así para las demás. Esta es la verdadera contemplación. Así lo hizo Clara. El mensaje sigue siendo plenamente actual. Nuestro mundo sería, sin duda, más feliz, plenamente feliz.

5.2. Clara hizo realidad plena todas estas enseñanzas en su vida

Clara no vivió de teorías, sino de experiencias. Hablaba y aconsejaba esto porque ella ya lo había hecho vida. Se había mirado en el Espejo de Palabra de Dios (cf. *Sant* 1,22-24) y había descubierto cómo era y qué necesitaba realmente. Por eso, quiso que sus hermanas siguieran el camino que ella había descubierto, que se convirtieran en lo que contemplaban. Su vida fue una búsqueda insaciable y una copia extraordinaria de la vida de Jesucristo pobre y humilde. Esto es lo que comprobamos en varias fases de su vida que ahora vemos.

5.2.1. *El corazón sediento de Clara y la búsqueda de su Creador*

Clara lo tenía todo. Su madre, Hortulana, mujer piadosa y virtuosa la había educado cristianamente (cf. *LeyCl* 1.2). Dicen que Dios había revelado a Hortulana que traería al mundo una luz brillante que iluminaría el mundo. De ahí que cuando nació la niña fuera bautizada con el nombre de “Clara”. En este ambiente familiar fue creciendo y ejercitándose en la prácticas de las virtudes cristianas, mortificándose rigurosamente, orando de muchas maneras (cf. *LeyCl* 3-4) y atendiendo a los pobres. Vivía en sintonía con su Creador, pero su corazón, hecho a la medida de Dios, necesitaba aún más. Nadie ni nada podía llenar las marcas dejadas en él por el Creador. La voz interior que insistentemente invita a todo ser humano — *oigo en mi corazón: ‘Buscad mi rostro’*. *‘Tu rostro buscaré, Señor’* (*Sal* 27,8) — a iniciar la búsqueda de ese Rostro, de esa Fuente que sacia plenamente, seguía resonando en ella. Si a todo ser humano, hecho a imagen y semejanza de Dios, se le puede aplicar aquella frase agustiniana de Pascal — *“no me buscarías si no me hubieras encontrado”* — con más razón lo hemos de hacer en el caso de Clara. Ella siguió buscando porque ya había encontrado. Y lo que había encontrado, sin duda, valía la pena. Merecía la pena continuar la búsqueda. Todavía faltaba más.

5.2.2. *La conversión a la santidad plena*

A los 18 años encontró plenamente la perla y el tesoro escondido del Evangelio (cf. *Mt* 13,44-46). Siglos antes san Pablo también la había encontrado inesperadamente en el camino de Damasco (cf. *Hech* 9;22;26). San Agustín de Hipona, en el siglo IV, también la buscó afanosamente hasta encontrarla. Clara recibió este regalo al oír a Francisco de Asís predicando en la catedral de

su ciudad los *Sermones Cuaresmales*. Cuando escuchó al santo insistir en que para lograr la verdadera libertad para seguir a Cristo había que liberarse de los bienes materiales y de las riquezas se dio cuenta de que no estaba hablando de teorías, sino de vida y cuando escuchó *ahora es el tiempo favorable de Dios, ahora es el día de la salvación* (2Cor 6,2) pensó que había llegado el momento. No dejó de meditar aquellas palabras y vio que había llegado el tiempo de responder a quien le hablaba desde dentro de su corazón. Y en la noche de aquel Domingo de Ramos salió hacia la Porciúncula adonde estaba Francisco. Allí, ante Francisco, se consagró al Señor renunciando a todo para vivir pobre y humilde como Jesucristo vivió. Al oír la llamada de Dios en boca de Francisco lo dejó todo porque todavía le faltaba TODO (cf. *LeyCl* 7. 8).

Pero, tomada esta decisión, surgieron los problemas. Dios la había llamado como a Abrahán para que saliera de su casa y se pusiera en camino: *Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré* (cf. *Gén* 12,1). La había llamado como llamó a Moisés, que tuvo que abandonar su “cómoda situación” (cf. *Éx* 2,11-3,22)⁴⁶. La había llamado como llamó Jesús a sus discípulos y éstos lo dejaron todo para seguirle (cf. *Lc* 5,11). Si aquellos personajes bíblicos tuvieron dificultades para responder a la llamada de Dios, Clara no fue menos. Encontró esos problemas cuando los caballeros de la familia que la habían cuidado desde niña intentaron disuadirla por todos los medios, aunque nada consiguieran. Cuando ella mostró decididamente el signo de su consagración desistieron de su intento (cf. *LeyCl* 9) como luego sucedió también con su hermana Inés (*LeyCl* 24.25.26). Clara había arrojado el “lastre” de la nave para llegar libre y ligera a la META. Había optado por la riqueza de la pobreza. Había hecho vacío total para albergar en sí nada menos que al Creador del Universo. Su corazón estaba hecho por Él y para Él.

5.2.3. La libertad de la pobreza

Habiéndose desprendido de todo, se puso en manos de Dios que la había llamado a salir. Después de su consagración al Señor, Francisco la confió al monasterio benedictino de san Pablo de las Abadesas, pero, en su deseo de pobreza total, no era lo que ella buscaba. Luego la llevó al convento de Santo Ángel de Panzo, donde se le unió su hermana Inés. Tampoco era el lugar que deseaba para su pobreza total. Y Francisco recordó, finalmente, la pobre iglesia de San Damián, restaurada por él mismo (cf. *LeyCl* 7-10). Éste fue su hogar y el de sus hermanas. Era el lugar más adecuado para su ideal de pobreza

⁴⁶ “Clara, se fue de su casa paterna del siglo de un modo maravilloso” (PCCI XIII,1).

y de sencillez. Con su vida y con sus obras, ella y sus hermanas, siguieron “restaurando” de algún modo aquella pobre y humilde iglesia, símbolo de la Iglesia Universal. El mismo Francisco lo había anunciado de antemano, mientras restauraba aquella pequeña iglesia, invitando a las gentes que pasaban: “*Venid, ayudadme en la obra de este monasterio de San Damián, pues con el tiempo morarán en él unas señoras con cuya famosa y santa vida religiosa será glorificado nuestro Padre celestial en toda su Santa Iglesia*” (TestCI 13)⁴⁷.

Tanto ella como sus hermanas habían captado el peligro de las riquezas y la necesidad de desprenderse de las cosas temporales para seguir con plena libertad a Cristo pobre y humilde.

5.2.4. *El rostro maternal de Dios en San Damián*

Clara no se conformó con teorías. Quiso parecerse plenamente a Jesucristo pobre y humilde. En su vida cotidiana se reflejó plenamente el “rostro maternal” de Dios. Según testimonios diversos asumía los trabajos más difíciles y viles, trabajos que hacían los siervos. Cumplía primero cuanto mandaba después. Su mortificación fue sumamente exigente en el uso de rudas prendas interiores, en el lecho postrísimo que utilizó y en los frecuentes y duros ayunos que llevó a cabo. Cuando faltaba pan para sus hijas, ella ayunaba sonriendo. Si el vestido de alguna parecía más viejo se lo cambiaba por el suyo. Tan dura fue su vida de penitencia (ayunos, vigiliass, cilicios...) que hasta Francisco tuvo que intervenir. Grande fue el cariño que dispensó a las hermanas enfermas. Según testimonios de las hermanas que con ella convivían, muchas veces, cuando hacía mucho frío, se levantaba y arropaba a sus hijas como la mejor de las madres. A las más delicadas les cedía su manta. El tierno recuerdo de las madres acostando y arropando durante la noche a sus pequeños se hacía realidad en el trato que deparaba a sus hermanas, tratándolas como a hijas. Clara era evangelio hecho vida. Se había mirado bien en el Espejo y lo había llevado mejor aún a la vida. Se había convertido en lo que contemplaba. De la vida de Clara en San Damián nos queda, pues, el retrato cercano y maternal de Dios que vemos en el trato y en la entrega a sus hermanas. Para este servicio a

⁴⁷ Cf. El mismo hecho es recordado en la *Leyenda de los Tres compañeros* Francisco mismo decía: “*Venid y prestadme ayuda en la obra de la iglesia de San Damián, que ha de ser monasterio de señoras, con cuya fama será glorificado en la Iglesia universal nuestro Padre que está en el cielo*”. *Es de admirar cómo, lleno de espíritu profético, predijo verdaderamente el futuro! Porque éste es el lugar sagrado donde la gloriosa Religión y preclarísima Orden de las señoras pobres y vírgenes santas tuvo feliz comienzo por mediación del bienaventurado Francisco, a los seis años apenas de su conversión*” (TC VII, 24).

sus hermanas, que también eran hijas, había aprendiendo muy bien fijándose en el Espejo, Jesucristo pobre y humilde.

¡Un retrato entrañable de Dios! En el *Angelus* del domingo 10 de septiembre de 1978 el papa Juan Pablo I decía: “*Dios es Padre, pero, sobre todo, es Madre. No quiere nuestro mal; sólo quiere hacernos bien, a todos. Y los hijos, si están enfermos, tienen más motivo para que la madre los ame*”. Lo decía citando al profeta Isaías donde Dios también aparece claramente como madre⁴⁸. Este retrato es frecuente en la Biblia, donde Dios directa o indirectamente, es presentado como una madre cercana, cariñosa y preocupada por sus hijos, especialmente por los más pequeños. Encontramos esta imagen tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En este sentido, merece la pena que recordemos un pasaje muy especial de las parábolas de Jesús: la parábola del buen samaritano, aquel hombre que, caminando entre Jerusalén y Jericó, encontró en el camino a un moribundo maltratado por los ladrones. La reacción del samaritano ante el herido (Lc 10,33) fue que “*se conmovió*”. Esta traducción, aunque está bien, le ha quitado fuerza al verbo original griego *splanchnízomai* que de algún modo “retrata” el corazón de Dios dejando al mismo tiempo una tierna imagen del propio Jesucristo, *imagen de Dios invisible* (Col 1,15). Las habituales traducciones de ese verbo griego suelen decir más o menos —“*sintió un profundo dolor en sus entrañas*”, “*se conmovió desde las entrañas*”, “*se le removieron las entrañas*”, “*le temblaron las entrañas*”— aludiendo así a la imagen “maternal” de Dios implícita en el Antiguo Testamento⁴⁹. La alusión a las entrañas en el verbo griego *splanchnízomai* (“*se conmovió desde las entrañas*”) de la parábola está relacionada, a su vez, etimológicamente de otro término griego de la misma raíz-*splánchna*— que además de “*entrañas*”, significa “*útero*”, “*seno materno*”. Esas “*entrañas*” son precisamente el motor que, en la Historia de la Salvación, impulsa a Dios a socorrer a su pueblo necesitado (cf. Éx 3,7-10) y a los pobres (cf. Sal 34,6;69,33;Is 41,17), etc. Por eso, este verbo se reserva en los *Evangelios* sólo a Dios y a Jesús. En las parábolas se aplica a personajes que representan a Dios. Lo encontramos en la parábola de aquel siervo deudor al que su señor perdonó porque “*sintió compasión*” (Mt 18,27). Lo vemos en la parábola del hijo pródigo a quien su padre perdonó porque “*sintió compasión*” (Lc 15,20). Y, finalmente, lo tenemos en nuestro samaritano socorriendo al moribundo porque “*sintió compasión*” (Lc 10,33). Con ese verbo se describen también los sentimientos de Jesús ante

⁴⁸ ¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, ¡no tener compasión del hijo de sus entrañas? ¡Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré (Is 49,15). Cf. también Is 66,14.

⁴⁹ Cf. Jer 31,20;Os 11,9;Núm 11,12;Is 49,14-16.

las multitudes hambrientas (cf. *Mt* 9,36;*Mc* 6,35), ante el leproso que le implora curación (cf. *Mc* 1,41), ante los demás enfermos o ante aquella viuda de Naín que se quedaba sin lo único que tenía en este mundo (su hijo único fallecido): “*Al verla [Jesús] sintió compasión*” (*Lc* 7,13).

Pues bien, esta cualidad del amor entrañable de Dios, manifestado en Jesucristo, “su rostro humano” (cf. *Lc* 1,78;*Tit* 3,4), es la que impulsó al samaritano de la parábola a no quedarse de brazos cruzados, ni a mirar hacia otro lugar, ni a dar un rodeo cuando encontró al moribundo en el camino. Por el contrario “*se compadeció*” y corrió en su socorro. Eran las “*entrañas*” —dos veces mencionadas en la parábola con ese verbo (cf. *Lc* 10,33.37)— y no el cumplimiento de una fría norma religiosa quienes le impulsaban. No tuvo reparo en arriesgar su propia vida para socorrer al herido del borde del camino. Por eso, con su entrada en escena, el relato se llena de movimiento. Así lo vemos en los abundantes verbos de acción utilizados tras haber “visto” el problema: “*se acercó*”, “*sintió compasión*”, “*curó las heridas*”, “*lo montó en su cabalgadura*”, “*lo llevó a una posada*”, “*lo cuidó*”, “*gastó su dinero*”, “*prometió volver*” para seguir su cuidado. Estos verbos, positivos y dinámicos, contrastan llamativamente con los aplicados al sacerdote y al levita, pocos y negativos. Vieron lo mismo, pero “*dieron un rodeo*” y “*pasaron de largo*”. La gravedad de esta omisión es subrayada con un verbo más: “*bajaban*” (*Lc* 10,31). Si el sacerdote y el levita “*bajaban*” de Jerusalén hacia Jericó es porque ya habían terminado la función religiosa para la que necesitaban la pureza ritual (cf. *Lv* 21,1;*Núm* 19,16). No tenían, pues, ninguna excusa. Así —a estilo profético— con una narración, Jesús presenta la imagen del verdadero Dios y explica la esencia de la verdadera religión, cosa que Clara había aprendido bien mirándose en este Espejo.

Con estas enseñanzas, que sin duda Clara conocía, y con el “Espejo del Padre” ante sí, comprendemos su entrega total a sus hermanas a las que trató como una verdadera madre. Este dato es confirmado en su propia vida. Sus obras evocan a Jesucristo lavando los pies a sus discípulos (cf. *Jn* 13,1-5) y arropándolas en las noches frías: “*Y fue de tanta humildad... que lavaba los pies a las hermanas. Además, servía el agua para que las hermanas se lavasen las manos y por la noche las cubría para protegerlas del frío*” (PCCI II,1-3). Según el mismo testimonio “*era humilde, benigna, cariñosa y tenía compasión de las enfermas; y mientras tuvo salud, las servía y les lavaba los pies*” (PCCI I,12;*LeyCl* 12). Cuando regresaban de la ciudad, les lavaba los pies (PCCI II,3;III,9). Sin duda “Evangelio” hecho vida. El mismo Creador que la había modelado a su imagen y semejanza dejaba ver en ella su rostro maternal. Ella,

como dice *Santiago* en su carta, se había mirado bien en el auténtico Espejo y lo había hecho vida plena. Había puesto en práctica la Palabra⁵⁰. El amor entrañable de Dios se había hecho realidad total en ella.

5.2.5. El “Privilegio de la pobreza” y el abandono en la Providencia

No quiso tener nada. El único privilegio que deseó fue el de la pobreza. Quería ser libre para seguir a Jesucristo pobre y humilde. Se lo explicaba así a Inés de Praga: “*Un hombre vestido no puede luchar con otro desnudo, pues será derribado pronto por tener de dónde asirlo*” (1CtaCl 27). En la pobreza estuvo su riqueza y su libertad. Confiaba en que no le fallaría el Padre del Cielo. La pobreza total que vivió no fue sino un acto de fe y de confianza absoluta en la Providencia de Dios. Su fe en el Padre que vela por todos sus hijos y por todas sus criaturas la alentaba. Confiaba totalmente en el Padre y Creador que se preocupa hasta por el último y más pequeños de los seres del universo. Así lo decía Jesús: *ni un pajarito cae por tierra sin que lo permita el Padre del cielo* (Mt 10,29)⁵¹. En realidad el texto griego del original no tiene verbo. Sólo dice que ningún parajito cae por tierra “*sin vuestro Padre del Cielo*”. Al no tener verbo los traductores dejaron expresiones como “sin que lo permita vuestro

⁵⁰ Una constante bíblica: la escucha de la Palabra de Dios y su reflejo en la vida. Algunos ejemplos: *Poned en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque quien oye la palabra y no la pone en práctica, ese se parece al hombre que se miraba la cara en un espejo y, apenas se miraba, daba media vuelta y se olvidaba de cómo era* (Sant 1,22-24). La alabanza de Jesús a quienes escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica también iba dirigida indirectamente a su Madre, la Virgen María, la que mejor escuchó y llevó a su vida la Palabra: *Mientras él hablaba estas cosas, aconteció que una mujer de entre el gentío, levantando la voz, le dijo: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Pero él dijo: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen»* (Lc 11,27-28). Y Clara también supo acoger esta Palabra mirándose en el “Espejo del Padre”.

⁵¹ Cf. *Por eso os digo: no estéis agobiados por vuestra vida pensando qué vais a comer, ni por vuestro cuerpo pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad los pájaros del cielo: no siembran ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? ¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se arroja al horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso* (Mt 6,25-32). Cf. Lc 12,22-34; Mt 10,29.

Padre” o “sin disposición de vuestro Padre”. Pensaban que el evangelista quiso decir esto, pero no era así. La expresión literal del evangelista es así: “*sin el Padre*”, o sea, “*ningún pajarito cae por tierra sin que Dios lo acompañe, sin que esté a su lado, sin que sufra con él*”. Ésta es la divina Providencia, es decir, un Dios que no sólo es Creador, sino Padre que después de crear sigue velando por todos sus hijos. De nadie se ha olvidado⁵².

Pues bien, fue su fe en la Providencia la que la llevó a no querer nada para sí ni para sus hermanas. ¡Ningún privilegio! sino el “*Privilegio de la pobreza*”. Dicen que cuando pidió al papa Inocencio III este privilegio, el papa, sorprendido por esta petición, la firmó congratulándose y sonriendo (año 1216). Lo que Clara pedía era inaudito. No era lo acostumbrado. Nadie solía pedir cosas así, sino todo lo contrario. Clara pidió después al papa Gregorio IX que renovase este privilegio. Y el papa accedió (cf. *LeyCI* 14). Su amor a la pobreza había nacido de su total confianza en la Providencia divina y de la visión del Hijo de Dios pobre en el pesebre, pobre en su vida y pobre en el patíbulo del Calvario. Quiso parecerse a Él. Por amor al Señor, que nació en un pesebre y fue envuelto en pobrísimos pañales por su Madre Santísima, vestía ropas viles y exhortaba a sus hermanas que vistieran siempre ropas viles (cf. *RCl* II,25).

5.2.6. Su Testamento: “Amaos”

Por si era poco, Clara tampoco olvidó recordar el mandamiento nuevo, el mandamiento del amor mutuo, fundamento de toda familia: de la familia humana y, especialmente, de la familia cristiana y religiosa. El Señor *pasó haciendo el bien* (*Hech* 10,38) y había que parecerse a Él. Por eso dejó esto a sus hermanas en su Testamento: “*Y amándoos mutuamente con la caridad de Cristo, mostrad exteriormente por las obras el amor que interiormente os alienta, a fin de que, estimuladas las hermanas con este ejemplo, crezcan siempre en el amor de Dios y en la caridad recíproca*” (*TestCI* 59). Así lo había hecho el Señor con sus discípulos: *Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado* (*Jn* 15,12)⁵³. Al pedir Clara sus hermanas

⁵² Es Dios quien vela por todas sus criaturas, hasta por las más escondidas del universo. Vemos desde el Antiguo Testamento que su Providencia no olvida a ninguna criatura, sino que llega hasta el último rincón: *¿Le cazas la presa a la leona l o sacias el hambre de sus crías, cuando se encogen en sus cubiles l o están al acecho en la maleza? ¿Quién prepara al cuervo su comida l cuando sus crías graznan a Dios l y aletean alocadas por el hambre?* (*Job* 38,39-41).

⁵³ El evangelio según san Juan recuerda muchas veces el mandamiento nuevo en boca de Jesús (cf. *Jn* 13,34;15,12.17). Acabaremos recordando una anécdota de los primeros siglos cristianos referida a este mandamiento. Cuando en el año 313 se hallaban en guerra los pretendientes al trono

que mostraran exteriormente ese amor en las obras, les estaba aconsejando lo que ella ya había hecho tratándolas no sólo como hermanas, sino como hijas y volcando sobre ellas sus cuidados maternos más delicados, cosa que hacía de modo especial por las más necesitadas siendo siempre cercana, humilde y cariñosa con ellas. Estas palabras de Clara nos llevan una vez más a las del mismo Jesucristo que aconsejó a sus discípulos así: *Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5,16)*.

5.2.7. Sus últimas palabras: “Bendito seas Tú, Señor, porque me has creado”

El Creador había hecho al ser humano *a su imagen y semejanza* dotándolo de un corazón a su medida, un corazón inquieto y destinado a buscarlo. Y Clara comprendió esto. Nadie como ella “buscó y encontró”. “Marcada” especialmente por el Creador, su vida fue una búsqueda continua de esa Fuente de vida total. Buscó porque ya había encontrado e insistió en eso mirándose y contemplando el “Espejo” de una vida entregada por los demás. Nadie como ella, junto con Francisco, miró e imitó a Cristo pobre y humilde. Pobre en el pesebre, pobre en su vida y pobre en la cruz. Y pobre en la Eucaristía. Leer a Clara, como se ha dicho, es leer a Francisco y leer a Francisco es leer el Evangelio hecho vida. Clara ha dignificado a toda la raza humana indicándole con su vida el camino verdadero hacia esa Fuente, la única, que sacia plenamente y que responde con creces a los anhelos humanos de felicidad. Como siempre se sintió amada por ese Dios, que es Padre y Madre a la vez, su vida fue una continua acción de gracias. Y, agradecida, “se marchó” con estas palabras: “*Si’ tu benedetto, Signore, lo quale me hai creata!*», «*¡Bendito seas Tú, Señor, porque me has creado!*” (PCCI III,20).

del Imperio Romano (Constantino y Majencio), se alistaron muchos jóvenes egipcios en la milicia. Entre ellos había un tal Pacomio, futuro padre del monacato de la Iglesia. Pacomio, entonces pagano, se embarcó con otros soldados en una nave rumbo a la ciudad de Alejandría. Al hacer escala la nave en una pequeña ciudad, observó que algunos del pueblo buscaban y agasajaban con amor a ciertos soldados. Le llamó mucho la atención, porque no entendía cómo aquellos soldados, en una ciudad extranjera, podían tener tantas relaciones y conocidos. Preguntó a uno de ellos el porqué de aquella afabilidad y le respondió: “*Es que nosotros somos cristianos, y, aunque no nos conozcamos, nos profesamos un cariño y un amor especial por sólo serlo*”. Tanto le impresionó a Pacomio aquella respuesta que se convirtió. Una vez más se cumplió lo que había dicho Jesús: “*En esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros*” (Jn 13,35).